



250102000
000201087
2861/10/12
2304327

Cantaba por las calles con su mujer y su guitarra y sólo dejó de hacerlo cuando ya faltaban dos semanas para su muerte.

El lunes de amanecida murió un poeta popular

Los buenos y sabios versos de Lázaro Salgado

Lázaro Salgado Aguirre fue poeta popular, perspicaz, inventor y vivo. Dejó sus coplas en bulevares y mercados, cantándole a los dioses y a los hombres que deambulaban a su alrededor. Murió el lunes 20, a las cuatro y media de la madrugada en su casa de luces y carbón.

VERÓNICA WAISSBLUTH
A su lado estaba Ema Bello, su compañera desde hace años. Le tapó el rostro, lo cubrió con una cruz y fue a la casa del frente a hablar por teléfono.

En el camino sintió que él la llamaba: "Mamita, mamita" le decía, como la nombraba siempre, y a ella se le olvidó su muerte por un instante.

Dice que nunca más encontrará otro como él, que toque el acordeón, la guitarra, el guitarrón y hasta el piano.

Se amaban como adolescentes desde que se juntaron hace casi medio siglo. Ambos eran viudos y se encontraron haciendo música. Así "nos entendimos" —cuanta ella—, vivieron con mucho respeto y se casaron en 1985 porque quizás él intuía la muerte que estaba pronta.

Ella cantaba con una voz alta y potente que él le educó y que luego acompañó.

Porque Lázaro Salgado sabía

mucho, desde su nacimiento en una familia de músicos de San Vicente de Tagua Tagua. Su padre era cantor, y también su abuelo Roque y su bisabuelo Severino. Su madre era guitarronera y él empezó con las décimas ya a los seis años.

Vivió en Puente Alto y en Valparaíso con su mujer. Habían un caserón viejo cerca del puerto en el que siempre albergaban a protegidos numerosos que se les allegaban. Su vida era viajante y bohemia, y panita donde los cantos la llevaban:

*"Yo vivo en Valparaíso
un puerto muy indulgente
donde el color de la gente
no tiene un tono preciso";*
consignaba una de sus décimas de las que sobreviven, porque hay muchas que quedaron solamente en su memoria y en la de quienes lo escucharon.

No tuvieron hijos y parieron a Santiago hace cerca de veinte años. El trabajo cecero baldosero

por un tiempo corto y después siguió viviendo con lo que su lira le dejaba. Mantuvo en la ciudad —en la Vega y en el Paseo Ahumada— la tradición lúcida y secreta de la poesía popular que registra todos los acontecimientos que conmueven al pueblo: desde aviones a presidentes, desde lunas a mariscos y nombres de mujer, los poemas populares han sido siempre la expresión que interpreta más certeramente lo que la gente picaea.

Antaño, los poetas *arribatos* y *abajados* —del sur o del norte— venían a la capital y cambiaban sus décimas en los carros del tren.

La gente los seguía y los invadía de autoridad porque aun sin teorizar ni sistematizar su arte, los cantores tenían la misma altura que el médico o el letrado.

Rimas y décimas
Todos los sucesos que llamaban la atención podían ser transformados en décima o en paya si

había alguno que contestara.

Los más sabios las cantaban con una introducción de cuatro versos, con rima consonante y con los temas más diversos, como las décimas que Lázaro Salgado compuso para un cometa que pasaría, o para el conde León Tolstói. Había que tener ingenio y decir que a él la rima le sobraba; que tenía un vudaval de palabras y que era riguroso al componerlas.

La paya le salía en un segundo pero ya no tenía con quién hacerla. Cuando por casualidad encontraba un compañero, los ojos peguetos se le licaban y payaba durante horas con cara de niño. A veces también se sabodaba en décimas con otro que llegara a visitarlo, pero nadie le ganaba.

Con Ema Bello —descendiente extraviada del académico— cantaba tangos, tonadas y valses como *Antofagasta* o *La pobre loca*.

Pero cantó también en conferencias serenas para antropólogos y poetas que lo incluyeron en sus estudios. No tuvo dinero y fue pobre los 84 años en que vivió, pero él decía que la vida era así y que había que saber vivirla.

A su discípula y madrina de matrimonio le enseñó a tocar guitarra y a jugar al naípe, pero le recomendó que no siguiera sacando solitarios "porque el solitario es un juego del diablo".

Aconsejaba también que el hombre debe ser "guapo, cantor y habiloso" y siempre reía. Si alguien lloraba a su lado, exclamaba que "a lágrimas de mujer y a ofertas de curado, no hay que creerles nunca".

A veces le tomaban mala voluntad porque pensaban que era burlero, pero Lázaro Salgado se reía de puro picaeo.

En su arte y en su vida juntó lo más travieso con lo más profundo y murió, a las cuatro y media de la mañana, con el verso en la boca y los ojos abiertos.

La noche del velorio, en un pasaje de la población La Pincoya, los vecinos murmuran y se calientan a la lumbre del brasero. Traen rosas de sus jardines para despedir al cantor.



Ema Bello vivió durante medio siglo con Lázaro Salgado, y se casaron hace dos años. El decía que "el hombre debía ser guapo y habiloso" y que "a lágrimas de mujer y a ofertas de curado, no hay que creerles nunca".

Los buenos y sabios versos de Lázaro Salgado [artículo]

Verónica Waissbluth.

Libros y documentos

AUTORÍA

Waissbluth Weintein, Verónica

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los buenos y sabios versos de Lázaro Salgado [artículo] Verónica Waissbluth. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile